



## *Un ejemplo de perspectivismo en la prosa historiográfica alfonsí*

Ignacio Soldevila Durante

Aprovechando este séptimo centenario alfonsino, propongo estas breves consideraciones que tienen su origen en mi doble responsabilidad, durante mis largos años de docencia en la Universidad Laval de Québec, de enseñar materias tan distanciadas metodológica e históricamente como la filología medieval y la narrativa contemporánea.

No se nos escapa, pues, que dentro de la problemática novelística se concede gran importancia a la cuestión del punto de vista en la construcción narrativa, hasta el punto de considerarla como uno de los elementos distintivos de la novela moderna, cuya presencia no cesa de acrecer en el siglo en que vivimos. Recordaremos ahora que el perspectivismo, es decir la tendencia a multiplicar los enfoques frente a la realidad novelesca, es considerado como una de las formas más específicamente modernas del uso del punto de vista. En ello se opondría al unitarismo de visión del tradicional narrador omnisciente. De ahí que se suele atribuir a Cervantes, en esa y en otras técnicas narrativas, el rol de precursor, aunque haya que esperar a nuestro siglo para asistir al triunfo del perspectivismo en las formas narrativas (de las que no excluimos,

bien se entiende, la cinematográfica, que no poca parte tiene en tal apogeo) y aunque tenga sus fundamentos epistemológicos en la filosofía del siglo precedente. Louis Bolle ha afirmado, en su monografía sobre Proust, que el tema del perspectivismo domina el pensamiento contemporáneo en Nietzsche, en los fenomenólogos tanto como en la teoría de las artes y de la novela, desde Henry James a Alain Robbe-Grillet. En España, se dice que fue la generación de Ortega y Gasset y de Pérez de Ayala quien introdujo esta problemática tanto en la filosofía como en la teoría y la praxis artística, si hemos de dar fe a tratadistas tan acreditados como Mariano Baquero Goyanes, de quien aceptamos esta síntesis preliminar<sup>1</sup>.

Naturalmente, no se escapa a la perspicacia de los especialistas la necesidad de buscar raíces y antecedentes a ese fenómeno del perspectivismo en el pensamiento y en la creación. Y es indudable que los estudios y los rastreos llevan fácilmente hasta el siglo de las luces y, más lógicamente aún, hasta el Barroco. Fue Max Aub quien, en su *Jusep Torres Campalans*, nos indicó cómo la problemática del perspectivismo la había planteado, con agudeza e ingenio, el mismo Baltasar Gracián. Y es obligada, ya lo hemos dicho, la referencia al ilustre precedente cervantino.

En esta coyuntura se produjo el cruce fortuito de mi preocupación por la teoría novelística y mi tratar asiduo con los textos medievales. Buscando ejemplos amenos de la prosa del siglo XIII, vine hace ya años a dar en la selección hecha por Don Ramón Menéndez Pidal para uso de estudiantes del Centro de Estudios Históricos. Como ejemplos de la prosa historiográfica alfonsí proponía dos fragmentos de la *Primera crónica general*, el segundo de los cuales es ahora el centro de nuestro interés, y que inmediatamente me llamó la atención. Se trata del capítulo 1084, en el que se nos relata «de cómo Garcí Pérez de Vargas tornó por la cofia a aquel lugar o se le cayera» (reproducido aquí en apéndice según la edición R. Menéndez Pidal, NBAE, vol. 5 [Madrid, 1906], págs. 751-752). Tengo que reconocer que, hasta esta ocasión del centenario, di, sin más, como buena la autoridad de Menéndez Pidal, por lo que toca a la autoría del capítulo. Sólo cuando he decidido comentarlo en esta ocasión, y habiéndome asaltado el escrúpulo de verificar la posible existencia

de análisis o referencias a tal curioso capítulo, que pudieran servirme para enriquecer, con otros puntos de vista, el perspectivismo sobre un texto perspectivista, me he dado cuenta del problema cronológico planteado. Si bien no encontré entre mis fuentes y referencias bibliográficas ninguna que me señalara la presencia de otros estudios o notas al capítulo, los trabajos de Diego Catalán me pusieron en evidencia la posibilidad de que dicho capítulo hubiera sido redactado (como todo el texto de la Crónica a partir de donde terminaba el período ya tratado en la crónica latina del Toledano) en tiempos de Sancho IV. En sus estudios sobre el nacimiento de la historiografía romance en Castilla y en Portugal nos hace claramente entender la situación en que los especialistas se encuentran al respecto (o se encontraban en 1962). Si el capítulo que Menéndez Pidal había seleccionado como representativo de la prosa historiográfica alfonsí es, de hecho, la transcripción de un borrador dejado dispuesto en vida del rey sabio, o es obra, a partir de una fuente tardía llamada «seguimiento del Toledano» de otros compiladores o traductores, sobrepasa ampliamente mis conocimientos y, para el caso, no creo que sea de importancia capital, ya que, directa o indirectamente, toda la historiografía castellana de su siglo se debe al impulso y al ejemplo del hombre sabio cuyo centenario celebramos. Para datarlo, no voy a pretender más rigor que el aportado por los responsables de la datación documental en el diccionario histórico de la lengua, que dan, para este capítulo preciso, la fecha *c.* 1289, es decir, cinco años después de la muerte del rey Alfonso<sup>2</sup>. Sea quien fuere el coetáneo suyo que redactó o puso en limpio los capítulos llamados «seguimiento del Toledano», lo cierto es que, por su riqueza perspectivística, este fragmento que aquí consideramos constituye un enigma digno de considerar para la historia remota de tal procedimiento narrativo.

En efecto, en el breve espacio de un folio del manuscrito original, se nos ofrece esta pequeña joya narrativa que nos parece lícito aislar y examinar de manera autónoma, como se viene haciendo en los «museos imaginarios», por lo menos desde André Malraux a esta parte, con los fragmentos de las tablas góticas, bien sea para resaltar un paisaje, una naturaleza muerta o una escena de vida cotidiana. De éste último caso se trata ahora.

Básicamente, nos encontramos ante un incidente sin la menor importancia o consecuencia. Dos caballeros se retrasan en salida del campamento cuando, junto con otros, son enviados en misión de protección del trabajo de los forrajeadores. Por consiguiente, cuando salen de Tablada, el resto del grupo ya no se divisa, pero, en cambio, el camino aparece bloqueado por siete jinetes moros. Uno de los caballeros, cuyo nombre no menciona el narrador, tras una breve discusión con el otro, Garci Pérez de Vargas, decide dar media vuelta y regresar al real. Garci Pérez prosigue su camino solo y se incorpora al grupo tras de sufrir algunos amagos sin consecuencia de sus enemigos, y tras permitirse incluso el capricho de regresar al punto exacto en que se había aprestado a un posible combate, para recoger una simple cofia que se le había caído al cambiarla por el capacete, sin que ni él ni su escudero se hubieran dado cuenta de la pérdida hasta el momento de desarmar, una vez pasado el peligro. Lo que nos llamó la atención desde la primera lectura fue que sobre este incidente sin importancia se nos ofrecen, además de la perspectiva del narrador, otras tres perspectivas o puntos de vista. En efecto, el pequeño episodio ha sido presenciado desde lo alto de la colina en que está asentada la tienda del rey, por éste y por su séquito. Se nos da cuenta pormenorizada de cómo interpretan estos espectadores alejados de la escena los incidentes de la misma. Y de cómo interpretan también uno de estos incidentes -el regreso en busca de la cofia- los jinetes moros antagonistas de Pérez de Vargas. Los malentendidos que brotan de estas diferentes perspectivas aportan al menudo incidente un carácter de comedia francamente inhabitual en la *Crónica*. Lo que, en la perspectiva del héroe involuntario del episodio, no es más que un gesto forzado por su coquetería personal, resulta jaleado como valor temerario por los caballeros que desde la colina observan el incidente. Y provoca incluso en el caballero Don Lorenzo Suárez un acceso de vanagloria sobre su buen conocimiento de las cualidades de la hueste real. En efecto, había predicho al rey Don Fernando que si los moros osasen atacar a Pérez de Vargas (al que había reconocido por sus armas a pesar de la distancia), éste los acosaría a su vez. De manera que cuando, desde la colina, le ven dar media vuelta y encaminarse al lugar en que habían quedado parados los jinetes moros (y su cofia), Don Lorenzo cree confirmada su predicción sobre la valentía del

caballero. (Y en cierto modo hay tal valentía, pero no motivada por pura caballería, sino no querer aparecer ante los demás con la prematura calvicie que le aqueja. Y caballero también es, en no querer revelar el nombre de quien le había dejado solo en la estacada, por más que se lo preguntaron).

El episodio, a partir de la contrastada incompatibilidad de las perspectivas, nos presenta a los personajes heroicos de la crónica histórica a bastantes peldaños por debajo de la exaltación épica, provocando así una visión cómica de los mismos. De todos es conocida la interpretación de Bergson sobre este tipo de situación como uno de los resortes de la risa. Por lo cual, el poeta trágico no presenta a sus héroes en situaciones en las que aparezca preocupado por su cuerpo. Tanto Ortega en sus *Meditaciones del Quijote* como Pérez de Ayala en *Belarmino y Apolonio* recogieron y explotaron esta interpretación, que vemos en el texto medieval ya puesta en práctica.

La riqueza del episodio y su modernidad no se nos agotan aquí. En efecto, creemos encontrar en él un eslabón, si no perdido, al menos no considerado por los teóricos de la novela. En los estudios diacrónicos que bucean en los orígenes de dicho género, se suele retroceder a la épica medieval para considerar en qué medida pueden entroncarse ambos géneros. Reciente aún entre nosotros un coloquio internacional sobre Bakhtine, me permito recordar cómo, según este autor hoy tan valorizado, la novela aparece con la destrucción del tiempo épico y la instalación del relato en el presente:

C'est précisément au cours du processus de destruction de la distance épique, de familiarisation comique du monde et de l'homme, que s'est constitué le roman<sup>3</sup>.

Y como característica del héroe épico señala precisamente el hecho de no haber disparidad posible entre su ser y su aparecer, de que su punto de vista respecto de sí mismo coincide con el de los demás: su medio, su cantor, su auditorio. En todo ello se opone, pues, el personaje novelesco al héroe épico.

Pues bien, a la vista de fragmentos historiográficos como el que nos ocupa ahora, no puedo menos de preguntarme si en dicha evolución no es probable que hayan tenido mucho que ver los grandes intentos historiográficos del siglo XIII, como los inspirados por Alfonso X, que buscan cohesionar en un relato único lo mítico y lo contemporáneo, partiendo del Génesis hasta el tiempo del historiador. A través de ese intento se produce, sin solución de continuidad, la travesía del tiempo mítico (historificado hasta el extremo de integrar por una simple prosificación las leyendas épicas) hasta la crónica contemporánea y la anécdota personal y privada, igualmente historificadas, o elevadas a categoría de crónica.

Cabe preguntarse igualmente aquí hasta qué punto esta intromisión de lo privado y anecdótico cotidiano en lo colectivo y público que, según la tipología bakhtiniana, corresponde al cronotopo del *roman*, y que nos parece anticiparse en modo muy notable a la historiografía de otros pueblos románicos (Jean Le Bel o Froissart son ya de la segunda mitad del siglo XIV), puede añadirse a la cuenta del componente musulmán en nuestra tradición peninsular. Esta mezcla de la pequeña anécdota sin aparente significación trascendente con la narración de grandes acontecimientos políticos ya fue señalada por Américo Castro en su persistente alegato en favor del sincretismo judeo-árabe-cristiano caracterizador de tantos aspectos particulares de la cultura medieval en la península ibérica. Según él, sería a la historiografía musulmana a la que correspondiera tradicionalmente esa mezcla de historia e intrahistoria.

Sea como fuere, el hecho es que la transcripción de la historia a lengua romance, al que tal vez haya que añadir esa visión cotidianista de la historiografía árabe, contribuye a la evolución de la narrativa ficcional de la Edad Media hacia lo que luego vendrá a llamarse realismo, uno de cuyos aspectos claves es la reducción de lo heroico a dimensiones perfectamente verosímiles. Diego Catalán ha señalado en su contribución a los *Mélanges Lejeune* algunos ejemplos de esa reducción de la anécdota épica a lo razonable. Particularmente probante es la comparación de las dos versiones del episodio del león en la crónica cidiana<sup>4</sup>. En el mismo artículo, y a propósito de la *Gran crónica de Alfonso XI*, cita una anécdota del rey de Sujulmencia, en

la que el detallismo de la misma es relacionado precisamente con el hecho de utilizar el cronista fuentes musulmanas. El mismo fenómeno de desmitificación de los protagonistas de la historia que los estudiosos de la literatura mencionan para describir el paso de la épica a la novela se manifiesta en estas formas historiográficas que estamos considerando<sup>5</sup>.

Estas relaciones, que aquí se nos aparecen como bastante evidentes, entre la creación de una historiografía en lengua romance en la península y la evolución de la narrativa de ficción hacia el realismo, no creemos que hayan sido lo suficientemente subrayadas o tenidas en cuenta por los especialistas de una u otra rama del saber. En cualquier caso, los primeros, si nos fiamos a la síntesis de Fernando Carmona en 1982, parecen atribuirla básicamente a los cambios sociales, con olvido curioso de los fenómenos de intertextualidad, que hoy resultan de consideración indispensable dentro del marco de la literariedad. No hará falta insistir en que la institución literaria, tal como funciona en los dos recientes siglos, no tuvo, si es que existió, las fronteras que hoy separan a la historiografía de la novelística, es decir a la narración histórica de la ficticia, por lo que la intertextualidad debió ser un factor de primera importancia en el transvase de procedimientos narrativos de una a otra, consideradas entonces ambas de un mismo rango en su dimensión moralizante. Su didactismo, que no excluía, evidentemente, el episodio divertido, permitía situar a ambos géneros en un mismo nivel de la escala valorativa<sup>6</sup>.

Queda por preguntarnos si un tipo de narración como la de la heroicidad involuntaria de Garci Pérez de Vargas es algo excepcional en la historiografía de su tiempo, y característico del continuador del Toledano, o si pueden hallarse episodios semejantes. De cualquier modo, no es el único en esta continuación, y los dos ejemplos que hemos relevado, ambos en torno al mismo personaje secundario, nos parecen preanuncios de las crónicas «privadas» de los siglos siguientes<sup>7</sup>.

## **Capitulo de commo Garçi Perez de Vargas torno por la cofia a aquel logar o se le cayera**

Otro dia depues que el rey don Fernando fue a posar a Tablada, mando a los caualleros de su mesnada que fuesen guardar los erueros. Garçi Perez de Vargas, et otro cauallero que auie a yr con ellos, detouieronse en el real et non salieron tan ayna commo los otros; et en yendo en pos ellos, vieron ante sy por o auien a pasar en el camino ssiete caualleros de moros. Et dixo el cauallero a Garçia Perez: «tornemosnos; non somos mas de dos». Et Garçi Perez dixo: «non lo fagamos; mas vayamos por nuestro camino derecho, ca nos non a tendran». Et el cauallero dixo que lo non queria fazer: ca lo tenia por locura sy dos caualleros, que ellos eran, fuesen cometer de pasar por do estauan siete; et fuese aderedor del real por non ser conosçido, fasta que fue en su posada. El real do estaua la tienda del rey era vn poco en altura, et por o ellos yuan era llano; et el rey don Fernando ouolo a oio, et los que con el estauan, et vio de commo se tornaua el vn cauallero et que fuera el otro en su cabo; otrosi vio aquellos siete caualleros de moros commo le estauan delante, teniendol el camino por do el auie a pasar; et mando quel fuesen acorrer. Don Llorenço Ssuarez que estaua y con el rey, que auie uisto a Garçi Perez quando saliera del real et conosçiol en las armas et sabie que el era, dixo al rey; «sennor, dexenle; que aquel cauallero, que finco en su cabo con aquellos moros, es Garçi Perez de Bargas, et para tantos commo ellos son non a mester ayuda; et sy los moros lo conosçieren en las armas, non lo osaran cometer, et sil cometieren, vos veredes oy las marauillas que el fara», Garçi Perez tomo las armas quel traye su escudero, et mandol que se parase en pos el et que se non mouiese a ninguna parte, synon asy commo el fuesse que asy fuese el en pos el; et en alazando la capellina, cayosele la cofia en tierra et non la uio; et endereço por su camino derecho, et su escudero en pos el. Los moros conosçieronle en las armas commo era Garçi Perez, ca muchas vezes gelas vieran traer et bien las conosçen, et nol osaron cometer; mas fueron a par del, de la vna parte et de la otra, faziendol cadamannas et sus abrochamientos vna grant pieça; et quando vieron que se non boluie a ninguna parte nin se querie desuiar por cosa que ellos feziesen, synon que todauia yua por su camino



derecho, tornaronse et fueronse a parar en aquel logar o se le cayo la cofia. Quando Garçi Perez se uio desenbargado de aquellos moros, dio las armas a su escudero; et quando desenlazo la capellina et non fallo su cofia, pregunto ai escudero por ella; et el escudero le dixo que non gela diera. Et desde que fue çierto que se le auie caydo, tomo sus armas quel auie ya dadas, et dixol que pasase en pos el et que touiese oio por la cofia alli o se le cayera. Et el escudero, quando uio que se querie tornar por ella, dixol: «¡commo, don Garcia, por vna cofia uos queredes tornar a tan grant peligro? et non tenedes que estades bien, quando tan sin danno uos partiestes de aquellos moros, sseyendo ellos siete caualleros et vos vno solo, et queredes tornar a ellos por vna cofia?» Et Garçi Perez le dixo: «non me fables en ello, ca bien veyes que non he cabeça para andar sin cofia»; et esto dezie el porque era muy caluo, que non tenie cabellos de la meytad de la cabeça adelante; et tornose para aquel logar do ante tomara las armas. Don Llorenço Suarez quando lo vio tornar, dixo al rey: «uedes commo torna a los moros Garçi Perez, quando vio que los moros nol querien cometer? agora ua el cometer a ellos; agora ueredes las marauillas que el fara, que uos yo dezia, sil osaren atender». Los moros quando vieron tornar a Garçi Perez contra ellos, touieron que se querie conbater con ellos, et fueronse ende acogiendo que non se detouieron y mas. Quando Llorenço Suarez vio a los moros commo se acogien ante Garçi Perez, que nol osaron atender, dixo al rey: «Ssennor, uedes lo que uos yo dezia que nol osarien atender aquellos siete caualleros de moros a Garçi Perez en su cabo? Sabet, sennor, quel connoçieron; catadlos commo se uan acogiendo antel que nol osan atender. Yo so Llorenço Suarez, que conosco bien los buenos caualleros desta hueste quales son». Garçi Perez llego a aquel logar do se le cayera la cofia et fallola y, et mando a su escudero desçender por ella; et tomola et sacodiola et diogela; et pusosela en la cabeça, et fuese ende para do andauan los erueros. Quando los que fueron guardar los erueros se tornaron para el real, pregunto don Llorenço Suarez a Garçi Perez, ante el rey, quien fuera aquel cauallero que con el saliera del real. Et Garçi Perez ouo ende grant enbargo, et pesol mucho porque don Llorenço Suarez gelo preguntara ante el rey, ca luego sopó que viera el rey et don Llorenço Suarez lo que a el aquel dia ouiera contesçido; et el era tal omne et auie tal manera que nol plazie

quando le retrayen algun buen fecho que el feziese; pero con grant verguença ouo a dezir que nol conosçie nin sabie quien fuera. Et don Llorenço Suarez ge lo pregunto depues muchas vezes quien fuera aquel cauallero, et sienpre le dixo que nol conosçie et nunca del lo podieron saber, pero que lo conocia el muy bien et lo veye cada dia en casa del rey; mas non querie que el cauallero perdiese por el su buena fama que ante auie, ante defendio al su escudero que por los oios de la cabeça non dixiese que lo conosçia; et el escudero asi lo fizo, que nunca lo quiso dezir, pero que gelo preguntaron despues muchas vezes.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)